

ir á satisfacer vuesta funesta pasión por el juego.

--Gracias, señor Tabouret.

--¡Buena suerte, Boulard!

XXI

Antes de la batalla.

Carta de la marquesa de Lignerés á la baronesa de Fierville, en el Palacio de Fierville, por Coutances (Mancha).

«Querida amiga y prima:

»Ya conoceréis por los periódicos el crimen de Bourges, y creo que os admirará, con razón mi silencio, encontrándome por casualidad en medio, por decirlo así, de este drama. Os ruego que me excuséis, en consideración á que he tenido que sufrir las molestias consiguientes, viéndome obligada á comparecer, como todos los habitantes del palacio, ante un estúpido juez de instrucción y soportar sus interrogatorios.

»Al fin esto ha terminado, por lo que me concierne; pero temo que este asunto tenga para nosotros consecuencias lamentables.

»Seguramente habréis visto el retrato, reproducido por casi todos los periódicos, de la heroína de este drama. No tengo motivos para estimar á esta joven, pero la justicia me obliga á reconocer que es tan hermosa como faláz. Alta, esbelta, bien formada, de cabellos castaños, ojos magníficos y

de gran distinción en sus rasgos y maneras, reúne todas las condiciones para agradar á estos necios de hombres, que prefieren la forma al fondo: es una mujer que puede inspirar verdaderas pasiones.

»Está dotada á la vez de una gran inteligencia y de admirable sagacidad; así es que había engañado á la buena de Blanca y á todos los del palacio, particularmente á los hombres; pero entre éstos ninguno tan entusiasmado como el viejo Godet, fanático por esta misteriosa criatura, que, á no ser por los setenta y cinco años de aquél, hubiera llegado á ser la señora de Godet.

»¿Creeréis que el descubrimiento de las supercherías y las indignidades de esta aventurera no han sido bastante para abrir los ojos del obstinado viejo, cuyas simpatías por esta muchacha que sabe matar con tanto brío no han amenguado ni en un ápice?

»Por extraño y singular que os parezca, es cierto. Para que comprendáis la situación de los moradores de Maillepré, debo resumir en cuatro palabras lo ocurrido desde la llegada de esta mujer al palacio, hace cerca de dos meses, con el nombre de María Magdalena, á secas, como una expósita.

»Desde el primer momento estuvo rodeada de atenciones, cuya causa hace sospechar un misterio. La duquesa la admitió como señorita de compañía.

»Conocéis á Maillepré, y por tanto sabéis que es un paraíso para los que aquí viven, que no hay en realidad criados, puesto que, cumpliendo con su deber, cada uno es due-

ño de sí y dispone del tiempo á su gusto. La señorita de compañía no tenía mucho que hacer, y casi todo el tiempo lo ocupaba en pasear. El viejo Godet la admiraba y hacía que los demás la admirasen.

»¡Eh!—solía decirme con frecuencia—es muy gentil. ¡Qué mujer!

»No tardé en conocer que otros pensaban de igual manera, y entre ellos el imbécil de mi hijo, que enloqueció hasta el punto de querer casarse con ella, obligándome á dar mi consentimiento, á pesar de mi legítima indignación. ¿Querréis creer que todavía la muchacha se hacía rogar? ¡Siempre con evasivas y dilatorias; en fin, el colmo de la astucia y de la hipocresía!

»En esto presentóse en Maillepré el nuevo prefecto de Bourges para pedir la mano de Blanca Carol, á quien conocéis, y cuyo origen tiene también su lado oscuro y sospechoso; desde aquel instante se operó un cambio ostensible en nuestra existencia. La duquesa se retiró, permaneciendo casi invisible; M. Godet siempre estaba furioso; la señorita de compañía andaba preocupada, y toda la casa estaba revuelta, moralmente se entiende, que por lo demás, la vieja morada conservó su imponente calma en apariencia.

»Impresionada por este cambio observé y vigilé llegando á saber que el prefecto conocía á María Magdalena, sobre la cual ejercía cierto imperio y les oí—ya os contaré por qué medio—darse una cita nocturna en la casa del prefecto, la víspera del matrimonio de éste con Blanca Carol.

»—¿Qué hubiéseis hecho en mi lugar? Yo ví en esto la ocasión providencial de concluir con el indigno amor de mi hijo por esa mujer, y cuando la ví acudir á la cita avisé á Roger, que comprobó por si mismo la exactitud de mis informes. El sabe que yo no le engaño, que su amada había herido al prefecto en la misma casa de este, en un transporte de celos sin duda—el crimen es evidente, pero la causa no aparece clara—que esta intrigante se había presentado en Maillepré con un nombre supuesto, que no se llama María Magdalena, sino Margarita Souvray. Pues bien, querida mía, como si no: cuanto más evidente aparece lo indigno de los proceder de esta desdichada, Roger se apasiona más por ella. Lo peor á mi juicio, es que esto no tiene remedio, y será un desastre para nosotros.

»Desde la prisión de Margarita, vive dominado por una melancolía que no trata de ocultar á nadie: se pasa los días enteros en cierto sitio del parque, á la orilla del río, en donde le sorprendí un día hablando con ella. Ayer le seguí y pude desde lejos observarle sentando en un banco, con la cabeza oculta entre las manos en la actitud de un desesperado: al acercarme á él, temerosa de que fuese á arrojarse al agua, trató de huir.

»He llegado á creer que por cumplir con él mis deberes de madre, defendiéndole contra tan miserable criatura, me he hecho odiosa á él.

»Al detenerlo, me dijo sonriendo de un modo feroz:

»--Supongo que vais aun á hablarme de ella, que vais á acusarla...

»--No quería hablarte más que de tí, Roger,--le respondí.--Estoy desolada de verte tan triste, y debo confesar que no comprendo tu tristeza: por el contrario, deberías alegrarte por lo que sucede.

—¿Yo?

—Sin duda, porque ha debido hacerte abrir los ojos á la razón, extinguiendo un amor que solo podía ser para nosotros manantial de amarguras y de vergüenza.

¿Lo creis así?

—Seguramente: lo creo, como lo cree todo el mundo.

—Por lo pronto—exclamó—todos no están conformes con vuestra opinión sobre esta criatura, esta aventurera como decís. M. Godet la quiere más que nunca, según él mismo me ha confesado. La duquesa ha ido más de diez veces á Bourges para verla y consolarla en su prisión, y no lo ha logrado porque ese odioso Tabouret la trata con un rigor incomprensible. Blanca Carol, la prometida del prefecto asesinado, parece resignada con ese atentado que por lo menos aplaza indefinidamente su matrimonio. En fin, Pedro de Meillant, á quien tengo envidia por su calma, que hubiese yo querido tener y hubiera tenido seguramente á no precipitarme vos en un acceso de cólera que deploraré siempre. Pedro, digo, no abandona á la pobre joven y se ocupa de ella, sin tener en cuenta las apariencias que la acusan. Solo yo, gracias á vos, la he ultrajado cuando vol-

via de Bourges, espantada del acto que había cometido y que no era tal vez más que un acto de justicia.

—¿Cómo podeis creer eso?

—No creo nada, no quiero saber nada: esperaré á que otros la hayan juzgado para juzgarla yo.

¡Criminal! — continuó exaltándose extraordinariamente—esa niña cuya casta mirada cayó tantas veces sobre mi lecho miserable en las horas sombrías en que gemía sobre un montón de paja, herido por una bala, que por ella no me causó la muerte! ¡Criminal, pérfida y falsa la que me decia poco antes de esa cita á que se la obligó sin duda: «Hay un terrible misterio en mi vida y al conocerlo me rechazareis, y sin embargo, juro que no soy culpable! No puede ser.» Y otras locuras por el estilo. Si lo hubierais oído, os habríais espantado, querida prima.

Traté de calmarlo, pero él continuó:

«—¿No equivalía eso á confesarlo todo, pidiéndome solo el tiempo preciso para defenderse y justificarse? Y yo se lo he rehusado. Tiene razón para rechazarme y odiarme.»

Todos los razonamientos son inútiles con él; es una demencia, agravada por lo que voy á decir.

«No es solo á mi hijo y á Godet á quien ha sabido conquistar esa mujer. Pedro de Meillant, el sobrino de Blanca, se cuenta en el número de sus adoradores, y á lo que imagino se interesa más que nadie por esa Margarita Souvray; porque si bien no lo confiesa y procura desorientar á todos con su

aparente indiferencia, se le conoce, y yo creo que Roger tiene celos de él, y estos celos aumentan su pasión y su insensatez.

»Tal es nuestra situación, pobre amiga mía. ¿Cómo saldremos de este abismo?... Maillepré nos ha sido funesto. ¿Por qué no habremos ido á pasar á vuestro lado estos tres meses de estío?

»Si conocéis en vuestras relaciones alguna muchacha de buena familia, bien educada y dispuesta á emprender la curación de un alma enferma, decídmelo y trataremos de arreglar una entrevista y llegará una boda.

»Pero ¿querría él?

»Me aflige mucho lo que aquí sucede, y no veo llegar el fin de nuestras amarguras. Supongo, sin embargo, que no estaremos mucho tiempo aquí, y espero con impaciencia el desenlace de este triste asunto, para volver á Lignerés, en donde espero veros á todos.

»Os abraza afectuosísimamente vuestra prima y amiga,

»LA MARQUESA DE LIGNERES.

»Maillepré, 30 de Setiembre de 1871.

«P. S. Acabo de saber que nuestra heroína comparecerá ante sus jueces el 5 de octubre. El desenlace, por lo tanto, está próximo.»

La baronesa de Fierville á la marquesa de Lignerés.

«Querida amiga:

»He reflexionado sobre el final de vuestra carta, demasiado lacónica para mi deseo, y desde ahora puedo deciros que por aquí nada puede hacerse para el matrimonio de Roger. No encontraréis en todo el departamento una heredera que pueda disponer de una dote de trescientos mil francos, entre las jóvenes que puedan seros agradables.

»Por el retrato que hacéis de esa señorita de compañía, dudo mucho que Roger se dejase seducir por las que nosotros pudiéramos presentarle. Más vale esperar el desenlace, puesto que está próximo.

»Aquí todos participamos de vuestros pesares y nos interesamos en el asunto, por lo que os toca, aparte de que es demasiado interesante por sí.

»Contad con nosotros para el 15 de octubre, si estáis en Lignerés: seremos cinco, sin contar los criados.

»Esa pobre duquesa es la misma bondad, y no comprendemos una palabra de esos misterios que deben affigirla, y que podrían muy bien relacionarse con los disimulados disentimientos que tuvo antes con el duque y con su separación. Reflexionad sobre ello, y después me direis lo que opináis. Tal vez esté en eso la clave de todo.

»Os abrazamos todos, querida amiga y

prima, deseando tener la alegría de veros.

»IRENE DE FIERVILLE.

»Fierville 2 de octubre de 1871.»

*El marqués Roger de Lignerés al vizconde
Guy de la Coudraie, París.*

«Mi querido Guy :

»Estoy desesperado. En estos últimos días me ha ocurrido una de esas aventuras que nos desorientan y cambian el curso de nuestra vida.

»Estoy resuelto á separarme de mi madre; no porque no le guarde todo el respeto debido, sino porque el estado de mi espíritu exige imperiosamente que me distraiga.

»Quiero instalarme en París en el más breve plazo posible.

»Dejaré á mi madre la posesión completa de nuestro viejo palacio de la calle de Lille, en donde suele pasar dos meses al año. Busca para mí cerca de tu casa, una habitación de cinco á seis mil francos, á tu gusto, lo que hagas estará bien, advirtiéndote que tampoco exijo que te ciñas absolutamente á la cifra indicada: lo importante es que el barrio y la casa me convengan.

»Podría habitar una de las mías; pero deseo que mi madre ignore lo que suceda en mi domicilio, y quiero tener una libertad de que hasta ahora he carecido.

»Ya me comprendes.

»Perdóname esta molestia, que trataré de

recompensar estrechando los lazos de nuestra antigua y buena amistad.

»Hasta muy pronto, querido amigo. Te estrecha las manos afectuosamente,

»R. DE LIGNERES.»

Maillepré, 30 de setiembre 1871.

Telegra de Guy de la Coudraie á Roger de Lignerés:

«Te conozco. Cambias como el camaleón. ¿Me has escrito en serio?»

Roger de Lignerés á Guy de la Coudraie.

«Lo más serio del mundo.—No pierdas tiempo.»

Guy de la Coudraie á Roger de Lignerés.

«Hecho tu encargo.—Habitación deliciosa.—Vecindad adorable.—¿Cierro el trato?»

Roger de Lignerés á Guy de la Coudraie.

«Ciérralo, majadero.—¿A qué tantas precauciones?»

Guy de la Coudraie á Roger de Lignerés.

«Hecho.—Gracias por tus cumplimientos.—Escribo por el correo.»

CAPILLA ALFONSO X
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
N. A. H. L.

El mismo á Roger de Lignerés.

«Querido amigo:

»Siempre he creído que tarde ó temprano llegarías á la situación en que te hallas con tu madre; era inevitable. La marquesa siente por su primogénito un afecto que no puede negarse; pero de una especie particular, absorbente y exclusiva. Esta clase de ternuras acaban á la larga por aburrir á quien es objeto de ellas. Hablo por experiencia. Mi excelente madre tenía muchos puntos de semejanza con la tuya. Pero yo hice antes lo que tu te decides á hacer hoy.

»Te he proporcionado una habitación encantadora, en la misma calle de Monceau, en el segundo piso de una casa en donde tendrás dos vecinas, una arriba y otra debajo, que no ambicionan más que encantar los ocios de un hombre de tus condiciones.

»He amueblado tu casa por la módica suma de diez mil francos, adquiriendo el ajuar de un joven príncipe hastiado de París, que vuelve á sus estepas de Ukrania después de haber sembrado grandes sumas en el tapete verde y en las casas de moda. Podrás completar lo que falte con esas inestimables antiguallas que abundan en tus dominios.

»Si no te agrada la adquisición, un prendero complaciente la comprará y te entregará la habitación con las paredes desnudas, dispuestas á recibir los caprichos costosos del tapicero y sus oficiales.

»El alquiler es de ocho mil francos. He

pasado algo el límite de tus instrucciones, porque el sitio es encantador y la casa de primer orden. Por otra parte, ¿qué te importa, perteneciendo al número de los que no tienen que hilvanarse los sesos haciendo cuentas ni cálculos para el porvenir?

»¡Dichoso mortal!

»He dado noticia de tu resolución á los amigos, que te esperan con impaciencia, reservándote el lugar que entre nosotros mereces. Quizá en tu resolución se oculta alguna pena; pero está tranquilo: te consolaremos fácilmente; antes de un mes estarás curado.

»No faltarán manos bellas que te ofrezcan sus pañuelos para secar tus lágrimas, á cambio de muy poco sacrificio.

»Ven pronto. Breval, Garault, los dos Lambéze y yo te estrechamos las manos.

»LA COUDRAIE.

»P. S. Todo el círculo lo sabe ya, y se ha acordado ofrecerte un banquete de bienvenida en casa de Durand.

»Segundo P. S. Las señoras serán admitidas y tratadas con toda amabilidad.

»L. C.»

• Si la anciana señora de Lignerés hubiese olfateado esta correspondencia, de seguro que habría sido víctima de una congestión, ó por lo menos de un ataque nervioso; pero ella ni lo sospechaba siquiera y creía asegu-

rado para siempre su imperio sobre aquel bravo mozo, á quien obligaba á sacrificar todos sus gustos en aras de una ternura egoísta.

En aquellos días todos los espíritus estaban en Maillepré preocupados con la aparición de Margarita ante el tribunal.

En Bourges y sus alrededores no se hablaba de otra cosa.

Era aquella una causa verdaderamente célebre.

Los abogados y los jueces se preguntaban con curiosidad quién sería el encargado de defender á la acusada, que hasta entonces no había pronunciado su nombre siquiera, aunque aseguraban que su elección estaba hecha y el defensor dispuesto.

Llegó el 4 de octubre.

Es sabido que la presidencia del tribunal corresponde de derecho á un juez designado al efecto, y además que todo acusado puede elegir un defensor extraño al foro, con la aprobación del presidente, que casi nunca puede negarla.

El consejero encargado de presidir la sesión se llamaba Rivard, un magistrado rico y considerado justamente, íntimo amigo del procurador y uno de sus más asiduos comensales.

Era persona muy respetable y de una gran imparcialidad.

A las tres de la tarde el presidente se paseaba del brazo con el procurador por la plaza de Parvis, delante de la grandiosa catedral gótica de Bourges, cuando vió apro-

ximarse á él un joven vestido de negro, que le saludó quitándose el sombrero.

M. Rivard debía buenas acogidas á la tía y al sobrino en sus palacios.

—¡Señor de Meillant!—dijo sonriendo.—
¿A qué casualidad se debe?...

—Es que vengo á buscaros.

—¿Tenéis algo que decirme?

—Tengo que pedir os un favor.

—Concedido de antemano.

—Esperad que me explique; no os comprometáis.

—Hablad. ¿Que podría yo negaros?

—Presidís la vista de la causa de mañana.

—En efecto. ¿Sabéis que la acusada no ha querido decir el nombre de su defensor, aunque afirma tenerlo elegido?

—Sobre esto precisamente deseaba hablaros.

—Sin su afirmación, le hubiera yo designado ya de oficio.

—Es inútil, puesto que lo tiene, y puedo asegurar que ha estudiado á fondo el asunto.

—¿Lo conocéis?

—Mucho.

—¿Seríais vos por casualidad?

—Yo seré si lo permitís.

—¿Vos?—repitió M. Rivard sorprendido.

—¿Por qué no?

—¡Me admirais!

—La señorita Souvray no quiere en absoluto otro consejero, ni más defensor que á mi.

—¡Yo creía que érais médico!

—M. de Meillant ha estudiado derecho, —dijo el procurador.

—¡Oh! Muy por encima, —dijo el conde; —pero, en fin, soy licenciado.

—Pero no habeis jurado, —observó el presidente.

—De otra manera no necesitaría pedir os este favor.

—¿De modo que os habeis encargado de la defensa?

—Muy gustoso.

Los tres conversaban en el tono más amistoso del mundo.

Sin embargo, M. Rivard dijo:

—Es muy grande la responsabilidad que aceptais, querido conde.

—Lo sé.

—La causa es de una gravedad excepcional.

—Lo sé.

—Debo advertiros que M. Tabouret ha incluido en los autos documentos y pruebas contundentes, según dice.

—Perfectamente.

—Y que son incontestables, á mi juicio. La acusación está armada hasta los dientes: al menos así lo afirma.

—Ciertamente, lo está; —afirmó tranquilamente el conde.

El presidente había pronunciado con cierta acritud el nombre de Tabouret, que no era muy de la devoción de los magistrados de la especie de Dubronier y Rivard.

—Debo deciros, aquí entre nosotros, —continuó diciendo M. Rivard, —que tendreis

que habéros las con un formidable enemigo.

—¿Mr. Ruper? —preguntó el conde.

—El mismo. —¿Estais bien preparado?

—Tengo para apoyarme un contrafuerte tan sólido como esos —dijo el conde señalando los arbotantes de la Catedral. Hacé mucho tiempo que la señorita Souvray me eligió para defenderla.

—¿Entónces habeis tomado vuestras precauciones?

—Ya debeis suponerlo.

—¿Teneis testigos de descargo? —preguntó el procurador.

—Algunos.

—¿Están citados?

—Sí. ¿De modo que tengo vuestra autorización, señor presidente?

—Más que mi autorización, mi simpatía, querido amigo. No debería decirlo; pero os deseo un éxito brillante. ¡Pero andad con cuidado! El asunto es delicado. Ya sabréis que el prefecto está muy mal... Por lo demás, él no quiere proporcionar ninguna luz sobre este asunto, cosa que considera inútil el juez de instrucción, en vista de las confesiones de vuestra cliente.

Meillant indicó con un gesto que estaba al corriente de todo. Y saludando al procurador y al presidente, se alejó en dirección del Palacio de Justicia.

Entonces el presidente dijo á Dubronier:

—Vaya una idea extravagante la de este muchacho. Decididamente, todo este asunto va á ser una cosa extraña hasta el final.

—¿Qué queréis? —dijo el procurador. —En

Maillepré todos querían extraordinariamente á esa joven, que había sabido cautivar á cuantos la rodeaban. Hasta ese pobre viejo de Godet está entusiasmado hasta un límite inconcebible.

—Todo lo cual no quita para que sea una intrigante, una perdida...

—¡Psch!—dijo el procurador con aire de incredulidad.

—¿Dudáis de ello?

—¡Psch! ¡Psch!—repitió Dubronier.

—¿Conocéis la causa, la información de la prefectura... los antecedentes de la acusada?

—¡Psch! ¡Psch! ¡Psch!—volvió á repetir Dubronier. Ya conocéis á Meillant: es un hombre serio, muy serio. ¿No habéis observado una cosa?

—¿Qué?

—Su tranquilidad.

—Es cierto.

—¿Queréis que os diga lo que pienso?

—Decid.

—Pues bien; opino que esto encierra algo misterioso. La calma tranquila de Meillant es muy extraña.

—Como él no ha de ser condenado...—replicó el presidente.

El procurador se rascó la barba.

—Quien viva verá—dijo;—pero me comprometería á pagar una comida á todo el tribunal, si Tabouret saliese adelante con su empeño.

Una hora después el juez de instrucción sabía, con gran contentamiento suyo, que se encargaba de la defensa el conde de Mei-

llant, es decir, un novicio, un principiante. Una mala empresa para él.

Y un negocio excelente para Tabouret.

En el acto se trasladó á la prefectura.

No era por cierto aquella la primera visita que hacia á la víctima de Margarita de Souvray.

Casi diariamente veía al prefecto con el fin de obtener alguna luz, aunque Roland se encerraba en un silencio forzado, pues era el único sistema que podía adoptar.

Su herida era profunda, pero no mortal; pero hubiese preferido morir á hablar. El juez no había podido arrancarle más que algunas frases meditadas con arte para agravar la situación de la joven.

—Venganza... temor á las revelaciones... pasado infamante.

Y sobre estas frases el juez había fundado su acusación, que en honor de la verdad, era formidable.

El fiel Bruno lo introdujo en la habitación del herido.

—Os traigo una buena noticia—le dijo el juez—la acusada ha elegido al fin defensor, y su elección atestigua una verdadera locura. No lo creeríais si no os lo afirmase por mi honor. Ha elegido un abogado sin reputación, un desconocido...

—¿Quién?—preguntó Roland, á quien saltó una idea.

—M. de Meillant.

El herido suspiró, pero no dijo una palabra.

¡El conde de Meillant, su secreto enemigo